

FILMS SELECTOS

FilmoTeca
de Catalunya



Los dos simpáticos artistas de la Paramount
LILLIAN ROTH y CHARLES ROGERS.

30
Cts.

AÑO II N.º 20
28 de febrero de 1931

EN ESTE NÚMERO

El cine y la moda: Corrección y elegancia. — Nuevas figuras de la pantalla. — Argumento y fotografías de la película El día del mar. — La polémica del cine: Opinión de Celia Gómez, por Antonio Otto-Romero, etc.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO



Mary Brian, cuyo verdadero nombre es Leola Dantzer, nació el 17 de febrero de 1909, en Corsicana (Texas). Ganó un premio de belleza en Los Angeles interpretó el papel de Wendy en la película "Peter Pan", con el cual obtuvo un gran éxito. Además, ha trabajado en otras muchas películas, "Le Fracasista", "Paris a medianoche", "Reclutas a retaguardia", "Beau Geste", etc. y en el año 1930, estando contratada por la Paramount, tuvo la chocante humareda de retratarse vestida con un bonito pijama, cubriendo su cabeza con una peluca de lana, descansando, o cosa así, sobre un poste bastante alto y pretendiendo atraer a una gaviota alacada.

FILMS SELECTOS

SEMANARIO
CINEMATOGRAFICO
ILUSTRADO
DIRECTOR
Tomás G. Larrave



REDACCIÓN
Y ADMINISTRACIÓN
Diputación 219. Tel. 13022
BARCELONA

DELICACIÓN EN
MADRID: LINDA
EL HOGAR Y LA MODA
Valverde, 30 y 32



PRECIOS
DE
SUSCRIPCIÓN

España y Ultramar
Tres meses 375
Ses meses 750
Un año 1350

América y Portugal
Tres meses 475
Ses meses 950
Un año 1900



CADA
SÁBADO

NÚMERO SUFICIENTE
30
CÉNTIMOS



EN EL PRÓXIMO NÚMERO PUBLICAREMOS LAS BASES DEL NUEVO CONCURSO

que hemos organizado, pues
por falta material de tiempo
y espacio no las hemos
podido incluir, según
decíamos, en este número.

EN ESTE NUEVO CONCURSO que será absolutamente ci- nematográfico, concederemos CATORCE PREMIOS

consistentes en

- Un lindo y completo estuche de manicura.
- Una hermosa librería portátil, con una colección de obras de M. Hungerford.
- Un magnífico estuche de perfumería.
- Una colección de obras del ilustre autor James Oliver Curwood, compuesta de diez tomos.
- Diez lotes de libros, por valor de diez pesetas, a escoger del catálogo de la Sociedad General de Publicaciones, S. A.

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

Trimestre, 375 pts. - Semestre, 750 - Año, 1350

Nombre _____

Calle _____

Población _____ Provincia _____

Desear suscribirse a **Films Selectos** por un trimestre - semestre - un año. (Táchese lo que no interese.) A par-
tir del 1.º _____ El importe se lo remito por giro postal número _____ Inpuento en

o en sellos de correo. (Táchese lo que no interese.)

(Firma del suscriptor)

de
(Fecha)

d. 1931

Films Selectos sale cada sábado



sin canas rápidamente
con la novísima preparación
científica

agua colonia misteriosa

da brillantez al cabello, quita la
caspa y evita su caída
perfumada · higiénica · eficaz



De unos a otros

PUBLICAREMOS en esta sección las demandas y contestaciones que nos envíen los lectores, aunque daremos preferencia a las referentes a asuntos del cine.

Los originales han de venir dirigidos al director de la sección, escritos con letra clara, a ser posible a máquina, y en cuartillas por una sola carilla, firmadas con nombre, apellidos y dirección de los que las envían, e indicando si lo desean (aunque no es imprescindible) el pseudónimo que quieran que figure al publicarse.

No sostendremos correspondencia ni contestaremos particularmente a ninguna clase de consultas.

DEMANDAS

101. — ¿Cuánto desearía saber, de la amabilidad de algún lector o lectora, las siguientes preguntas:

1.ª ¿Cuál es la dirección de la simpática María Rosa de Gracia, que próximamente, aparecerá en un film sonoro español?

2.ª ¿Qué edad tiene Jeannette Mac Donald, cual fue su primer film, y qué tiempo hace que lo filmó?

3.ª ¿Tendrían la amabilidad de decirme (y es mucho molestar) la letra del pasodoble, *La Rosa del Azahar* (las escaleras)?

102. — El joven del *Charleston* comunica a Helotropo que las fotos de Norma que le tiene ofrecidas no han llegado todavía a su poder.

103. — Desear sostener correspondencia con señorita de FILMS SELECTOS los siguientes señores: Luis Ortega y Hernández, calle Luneta, 107, Tetuán (Marruecos). — José de Mesa Bastons, Aragón, 105, Barcelona. — Santiago Carré, Paseo 14 de julio, núm. 5, Figueras (Gerona). — Joseph Meyer, Apartado 380, Madrid. — Angel Amutio, Casas de Manuel el Catalán, Gijón (en Jove). — Arturo Marcelo, Lagasca, 47, Madrid. — J. Muñoz, Vinyals, 129, Tarrasa. — José Ferreira Ruiz, Canelu Zamudio, 5, Sevilla. — Felipe Llama Martínez Ujo, Santa Cruz (Asturias). — Andrés Cervero Cassyós, Iglesia, 8, Loarre (Huesca). — Enrique G. de la Tina, Avenida de Luis de Armidán,

Cáceres. — Joaquín Montesinos Durá, Cánovas del Castillo, núm. 2, pral., Valencia. — Antonio Santos Romero, Victoria, 3, Sanlúcar de Barrameda. — Antonio de Alarcón, Regimiento de Artillería de Costa, número 3, Cartagena. — Agustín Gil de Molina, Gravina, 21, Alcolea del Río (Sevilla). — Miguel Castillón Fernández, Alfalfa, 13, Sevilla. — Manuel L. Montero, Gelmirer, núm. 16, 1.ª, Santiago de Compostela (Coruña). — Ramón Bolaños Moreno, Osario, 2, Sevilla. — Alfonso Bolaños Moreno, Osario, 2, Sevilla. — Marcos Levy, Oficina de Telégrafos, Alcázarquivir (Marruecos). — R. García, calle José Carchano, núm. 9, 1.ª, Játiva (Valencia). — T. G. de la T., Avenida de Luis de Armidán, Villa Concha, Cáceres. — Mauricio García Moreno, Colmenares, 6, 4.ª, Valladolid. — José Lorito Díaz, Intervenciones Militares, Tetuán (Marruecos). — Manuel Fernández Galán, Avenida de Cervantes, 20, Córdoba. — José Castella, calle Volta, 80, Tarrasa. — Salvador Mas Salom, calle de Murillo, 75, 1.ª, 2.ª, Santa Catalina, Palma de Mallorca. — Alejo de Snop-Esoj, Miguel Bueno, Aviación militar, Aeródromo Leun. — Manuel López Ferrari, Cánovas del Castillo, 4, Algeciras. — Herminio Toledo, Arroyo y Chamorro, Habana (Cuba). — Pedro Quintanés Sánchez y José M.ª Loren, domiciliados en Madrid, calles Empeñonado, 2, y Moratín, 11 y 13, respectivamente. — Rafael

Izquierdo, Apartado, 66, Melilla. — Librería Boix Hermanos. — Ricardo Delgado, Arroyo San Andrés, 20, Córdoba. — Jaime Boig, Paseo Espartero, 3, Port-Bou. — El cor de la Rusta. — La sombra de Rodolfo y Leonardosky.

104. — Solicitan correspondencia con jóvenes aficionados al cine, las señoritas: Teresa Vidilla, Carmen, 3, Menajeros, Barcelona. — María Jesús del Rivero, Lista de Correos de Oviedo. — Una preguntona, La nena, Una mocecilla muy gitana, Señorita Belampago y Esperanza Navarre, Formentera (La Sabina).

CONTESTACIONES

85. — *Rita del Río* manda la siguiente contestación para Dos capillas... casi nada: La biografía de Janet Gaynor es como alguien nació en Filadelfia el día 6 de octubre de 1906, cursó sus primeros estudios en Chicago, trasladándose más tarde a San Francisco, donde se graduó en 1923 en la Escuela Superior Politécnica; inmediatamente después invadió el campo de la cinematografía. En aquella época el director Irving Craning le hizo interpretar el principal papel en *La represa de la muerte* en cuya cinta se reveló la simpática muchacha. En épocas sucesivas realizó con éxito creciente los principales «roles» de *Un beso a medianoche*, *El águila azul*, *Los cuatro diablos*, *El séptimo cielo*, *Amanecer*, *Cristina*, *Estrellas dichosas*, *El ángel de la calle*, *Plato a la americana*, *Alta sociedad* y una pequeña parte en *Poporri*. El día 11 de septiembre se casó con Lydell Peck; su marido no pertenece al cine.

86. — Un celoso marino sevillano dice a Uno de antes que quizás el medio más práctico para aprender taquigrafía sin profesor, es empleando el de texto en la Escuela de Radiotelegrafía de la Armada titulada *La taquigrafía en veinte lecciones*, por Enrique Marín y Alfredo Miralles, de venta en principales librerías a 3,50 pesetas, pero que si envía su dirección se le remite por 3,10 pesetas y tendrá gusto en ayudarle por correspondencia a hacer factible dominarla en seis meses.

87. — Desde la Alhambra ha mandado también contestaciones para *Los caballeros del desprecio*, *Una admiradora de la revista*, *Pilita* y *Manuel Tello*, que no publicamos por haberse dado ya en esta sección. A las mismas han contestado *Un Noviero francés*, *Un Conrad Nagel ovetense*, *Galleguilla rubia* y *Doz ingenuas*.

PARA HACER UN HERMOSO ÁLBUM

podemos proporcionar todas las láminas publicadas en nuestro suplemento artístico al precio de

diez céntimos

cada una

Para pedidos pueden dirigirse a

FILMS SELECTOS

Diputación, n.º 219
BARCELONA

CELIA CÁMEZ

«**VEDETTE.**» Busco en el diccionario francés y encuentro: «Lo ostentoso, lo visible, lo que se destaca con originalidad». Y acepto la palabra en esta ocasión, porque nunca con más razón que ahora pudo aplicarse y nunca igualmente un galicismo expresó mejor que un adjetivo nuestro, lo que Celia Cámez representa. Y si suprimimos la primera acepción, mejor que mejor.

Ostentosa no lo es; aunque para regalo de toda Barcelona ostente su magnífico cuerpo en el marco luminoso del escenario del teatro Cómico. Visible, sí; y fuera pecado grande dejarlo de ser. ¿Qué haríamos, señor, si el cuerpo precioso de Celia Cámez fuese invisible?

Por lo pronto yo no la hubiera entrevistado y, ¡vive Cristo!, que lo sintiera. Pero no; frente a mí está la gentil «vedette», sentada y replegada en una postura pudicamente seductora, pensando seriamente su opinión sobre el cine.

—Me gusta, me distrae el cine. Pero me parece infantil — dice con un gesto de contrariedad.

—Efectivamente, aun está en la infancia — asiento dándole la razón, porque con esta archisimpatiquísima «vedette» no me duelen prendas.

—No, no — aclara, zahareña —; el cine ya es un arte logrado. Yo me refiero a sus posibilidades plásticas.

—Que opina usted no puede exponer con las tres clásicas medidas.

—Eso es.

—Y de ahí que le parezca un espectáculo para niños. ¿Es así?

—Sí.

—¿Y el sonoro?

—Mire usted: con el sonoro me sucede lo mismo que con los cuadros de aquel pintor, famoso únicamente por eso, que al pie de sus pinturas ponía: «esto es un gallo» y «esto una iglesia». ¡Señor, si una lo ve para qué decirse! Si en la película corre una locomotora silenciosa y vertiginosamente, ¿para qué acompañarla del ruido infernal de sus bielas, de los carraspeos del fogonero y de las maldiciones del maquinista? ¿Para qué? — pregunta, mirándome indecisa.

—Para nada. Usted ya sabe, Celia, que no la voy a contradecir. ¡Es usted tan bonita!

—¿Y usted es redactor de un periódico cinematográfico?

—Parece...

—Pues no lo parece, porque uno de

los éxitos del cine son sus mujeres, entre cuyas actrices hay preciosidades. ¡Y vaya, que usted me admire a mí habiéndolas tan bellas en la pantalla!

—Pero es que son en efíge... y usted... usted reúne las tres clásicas medidas. ¡Y qué medidas, Dios mío!

—Oiga — dice poniéndose seria —. ¿Es que no le gusta Greta Garbo?

—Mucho.

—Porque a mí me encanta.

—Y más ahora que dicen que ha aprendido el español — infórmala.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—A pesar de que el cine hablado no acaba de gustarme — se duele.

—Señorita Cámez, a escena — avisa un traspaño.

Acatando la orden «a escena», se dirige la bellísima argentina, despidiéndose de mí precipitadamente y el entusiasmo del público al verla aparecer, silencia mis pasos atravesando el escenario por detrás del telón del fondo, en dirección a la calle.

Ya en ella, mi hermano Edmundo, que me ha acompañado durante la entrevista y que lleva dos temporadas sin arriarse a los ultreros con que va desbastando sus aficiones toreras y dando cumbre a las aspiraciones de sus diez y siete años, me dice:

—Este año me arrimo y mato novillos con caballos.

¡Y a usted se lo deberemos, señorita Celia Cámez!

ANTONIO ORTA-RAWOS





TONTERIAS DE LAS ESTRELLAS

El afán de llamar la atención para lograr popularidad, obliga a los artistas a realizar las más extravagantes tonterías y a retratarse de las más inverosímiles formas. Como prueba, aquí tienen los lectores a Bessie Love, retratada regando, con enorme regadera, unas flores artificiales y luciendo el más disparatado vestido que un sueño febril pueda imaginar.

ALGUNOS TRUCOS DEL CINE SONORO

El ilustre publicista John Draper ha publicado recientemente en la revista Popular Mechanics, un interesante artículo acerca de este tema, del cual entresacamos algunos párrafos que creemos interesarán a nuestros lectores.

En el seno de una montaña resuenan los mil ruidos que preceden y acompañan a un importante desprendimiento de tierras. Advertido por ellos el pro-

tagonista, se apresura a correr hacia la heroína, y arrancarla del peligroso puesto que ocupa, justamente al borde de la movediza marca terrosa.

Esta situación no ofrece dificultades para ser reproducida por medio de la fotografía. Ya hace tiempo que se vienen filmando escenas aterradoras, pero ¿y los sonidos? ¿Cómo pueden el ingeniero y su personal técnico, encargados de los efectos sonoros, reproducir los

ruidos que producen incontables toneladas de tierra, que desde lo alto de una montaña se desliza hasta detenerse en lo más profundo del valle?

La suerte quiso que durante la filmación de la película en la que ocurría la anterior escena, unos obreros hubieran tenido que abrir un hoyo de unos diez pies de profundidad. La vista de esta excavación, hizo surgir una idea luminosa en la mente del jefe de la mencionada sección. Mandó bajar un micrófono al fondo del hoyo, y llenar un capaz carretón de tierra y piedras, a fin de hacer funcionar el primero mientras que la carga pasaba del vehículo a la excavación.

La idea era buena, pero incompleta. Cinco yardas cúbicas de tierra cayendo desde la altura de unos cuantos pies, no pueden compararse al volumen de una gigantesca masa de tierra que se desliza desde una montaña. Pero al ingeniero le fue dando doblar la potencia del sonido, reuniendo dos ejemplares de la misma escena, añadió a éstas por fondo algunos «ruidos» del surtido que posee cada estudio, doblando igualmente la potencia de éstos, y amplificado de este modo, la descarga del carretón llegó a los espectadores, bajo la más realística forma, de devastadora catástrofe.

En el cine sonoro abundan los trucos, por esto pocas veces los sonidos son fiel reproducción de los ruidos que acompañan a la película que presenciemos, y los trucos, tanto para crear los sonidos como para adaptarlos después a la película, ya concluida, necesitan los servicios de numeroso personal especializado en este género de trabajos, y en el que tienen cabida desde eminentes ingenieros hasta simples mecánicos.

No puede sonar el timbre de un teléfono en una escena de salón, ni cerrarse una puerta de golpe sin la aprobación del experto. Desgraciadamente para estos atareados técnicos, cuya vida es una serie de experimentos a alta tensión, en muchos casos el micrófono, recoge los sonidos con más fidelidad que el oído humano. Las notas bajas y las altas se acumulan en el aparato e impiden la entrada de otros sonidos en el «track» (¿?), que no aguantará la prueba de repetida reproducción.

Los gruesos muros de los escenarios sonoros, sirven, desde luego, para proteger los micrófonos de los ruidos exteriores y proporcionar el fondo adecuado a la reverberación de explosiones, semejantes a cañonazos.

En una ocasión, al doblar la esquina de un vasto edificio en uno de los más importantes estudios de Hollywood, tropecé con un grupo de jóvenes ocupados en imitar las ensordecedoras explosiones de las salvas de artillería. Al explotar cada cuarterón de pólvora, envuelto muy apretado en un trapo, su sonido, amplificado, debía atronar a los espectadores, como si fuera la descarga de cañones de los de mayor calibre, que era justamente el efecto que se deseaba producir. Una reina zarpaba de uno de sus puertos, siendo saludada por la escuadra. Al mismo tiempo se filmaba en una película muda las escenas del saludo de la escuadra, cuidando de que las explosiones de la pólvora coincidieran exactamente con el disparo de los cañones.

Al efecto, habíase establecido comunicación telefónica entre la escena y el exterior, y cada vez que el técnico tenía preparada la pólvora, decía por el aparato:

—¡Listo!

Y una voz, desde la escena, contestaba:

—Una..., dos..., tres. ¡Pum!

Apenas llegaba la explosión, salía una luz por la abertura de la máquina sonora y el técnico daba la vuelta a un botón para cargar el aparato con electricidad, a fin de que pudiera recoger con la máxima energía las reverberaciones y ecos de la explosión.

Los ingenieros que en Hollywood se dedican a perfeccionar el film sonoro, buscan los medios de prescindir de trucos, y ofrecer al público los sonidos reales. Uno de ellos, exigió recientemente ametralladoras auténticas para filmar una revuelta de presidiarios. Ni los cartuchos vacíos, ni las balas de cera, ni los martillos neumáticos cayendo sobre madera, nada producía el seco repique de la ametralladora, y el empleo de ésta con bala de acero ofrecía la dificultad de que lo estridente de la detonación, rompía la luz del aparato.

Por fortuna, uno de esos genios desconocidos que nunca faltan en los estudios, aconsejó que se protegiera el globo de luz con un absorbedor de choques eléctricos, que interceptara las vibraciones y esta fue la solución del conflicto. Ametralladoras auténticas vomitaron balas de acero, entonando su seco canto de muerte, que fué reproducido en centenares de cines y teatros.

Uno de los problemas con que tienen que luchar constantemente los ingenieros especialistas, es la necesidad de acercar el micrófono lo más posible al origen del ruido, pero cuidando de que no caiga dentro del terreno de la cámara.

Para salvar esa dificultad se monta el aparato sobre ruedas, trasladándolo de un lado a otro, según exija la acción. Algunas veces, sin embargo, resulta deficiente el procedimiento, y no ha mucho que Carl Dreher y otro ingeniero especialista han inventado la combinación de un micrófono portátil con un espejo, que refleja los sonidos en lugar de la luz.

El micrófono así montado, parece un gigantesco telescopio. Está suspendido por el centro y el extremo abierto se coloca en posición de recibir los impulsos del sonido reflejados.

—Nuestros propósitos — dice mister Dreher — son reproducir los sonidos de un modo natural y agradable. Hasta ahora nos es dado convertir las voces buenas en malas, pero no podemos hacer lo contrario. A medida que los aparatos sonoros se vayan perfeccionando, podremos eliminar gradualmente trucos y ruidos suplementarios, acercándonos a la reproducción de verdaderos sonidos.

El poder acompañar las películas con sonidos naturales y agradables, implica la necesidad de aparatos muy perfeccionados capaces de reproducir esos efectos.

Desde los primeros ensayos sonoros, cuando el golpear un tambor con una varilla de metal simulaba el escape de vapor de una locomotora, puede decirse que la reproducción de los sonidos se ha convertido casi en una ciencia exacta.

Al explorar las existencias en un laboratorio de efectos sonoros, Murrax Spivak, que ha llegado al cine después de dirigir varias orquestas en Nueva York, me señaló un enorme montón de tubos, silbatos, campanas y todos los chirimboles que antes se encargaban de traducir los ruidos en la pantalla, y que ahora están definitivamente fuera de uso.

En su lugar se ven otros varios aparatos, cuyo secreto guarda cuidadosamente cada director de la sección sonora,



TONTERÍAS DE LAS ESTRELLAS

¿Les parece a ustedes natural, lógico o siquiera gracioso que Kay Johnson se retrate con esas enormes tijeras de guardarropía, fingiendo que va a podar un arbolito? Es muy posible que ni ella se atreva a contestar afirmativamente esta pregunta. ¡La pobre muchacha lo hizo únicamente para llamar la atención!

por miedo a que el invento caiga en las pecadoras manos de sus competidores. Esos magos de los ruidos van poco a poco trayendo sonidos naturales a la pantalla, pero rodean de profundo misterio su progresivo desarrollo.

—En otro par de años — afirma Spivak — nuestros equipos habrán llegado a tal grado de perfección, que, salvo contadas excepciones, estaremos en estado de recoger todos los sonidos naturales. Cada mes nos acercamos más a ese fin. Al tomar escenas al aire libre, la principal dificultad no consiste en recoger sonidos, sino en impedir que algunos de ellos lleguen al aparato. Tenemos que hacer verdaderos esfuerzos

para evitar que el viento hiera su delicado diafragma. Empleamos pantallas protectoras, que a veces tienen una forma semejante a pequeñas pelotas cubiertas de paño, que garantizan la necesaria preponderancia del diálogo.

Hay sonidos muy difíciles de imitar. Los sonidos voluminosos necesitan amplio espacio para desarrollar su profundidad. Un disparo de pistola no suena lo mismo que un tiro de revólver. Sin embargo, no negaré que actualmente con muchos de los instrumentos desechados, tales como bocinas, tambores, etcétera, producimos efectos que en la pantalla suenan más naturales que los verdaderos.



Harold en una arriesgada y cómica escena de la película Paramount «Fie First»

sería, de una de esas películas de Greta Garbo, de Douglas o de Jannings que se anuncian en los tranvías — el ir en tranvía da a las películas mucha importancia — el caballero sale de la oficina exclusivamente para tomar las localidades, y no vacila en adoptar una actitud de inferioridad ante la taquillera para rogarle la de dos buenas butacas.

Toma dos porque le acompañará su esposa. Precisamente su esposa es la que le ha recomendado, antes de salir, que compre pronto las localidades para no estar muy atrás.

Durante la proyección de la película, se observan también ciertas diferencias favorables al cine serio. Si la película sería es mala, es muy raro que el caballero se atreva a exteriorizar su disgusto. En cambio, si la película que no le gusta es cómica, le veréis hacer toda clase de gestos de fastidio o de indignación y pronunciar palabras de protesta: — ¡Qué mala patá!... ¡Qué estupidez! ¡Esto es una tomadura de pelo! —

No le importa molestar a los que están a su alrededor. Por lo visto, el público de las películas cómicas le merece tan poca consideración como las mismas películas.

Vamos a ponernos en el mejor caso; vamos a suponer que la película le haga reír hasta desternillarse, que es lo que él pretendía. ¿Creéis que exclama: «¡Admirable, magnífico; este Harold es un gran artista!»? Nada de eso... El triunfo del actor es celebrado con insultos: «¡Qué bárbaro!... ¡Qué animal!...»

En las sesiones de la tarde hay gran afluencia de niños. Es que los papás los llevan para que se rían. Pero observad que sus risas no se oyen. Las ahogan las carcajadas de los graves papás. Esto es un tópico, pero es verdad.

¿Por qué ese desprecio a la risa? ¿Por qué esa actitud de, a lo sumo, bondadosa transigencia con los grandes ases de la comedia que ha producido Hollywood? No encontramos el motivo. En cambio, damos en seguida con una explicación. No hay, en realidad, tal desprecio ni tal bondadosa transigencia.

¡Vamos a Reírnos un Rato!

A sí suele decirse el que se decide a ver una película de Harold, de Buster, del gran Carlos Chaplin...

Dice esto sin dar importancia a la frase ni a lo que la frase representa. El hombre se ha gastado un par de pesetas en la localidad y le parece muy natural exigir toda la risa que puede comprarse por dos pesetas. ¡Ah! es nada: dos pesetas de risa!... Por ese precio, el caballero cree tener derecho a toda la risa que pueden soportar sus riñones. La risa se toma a risa; es decir, no se le

da importancia. Cuando el caballero pasa por delante del cinematógrafo y ve anunciada una película de Pamplinas o de Charlot, cuando el caballero resuelve tomar la localidad, se acerca a la taquilla, lanza las dos pesetas — o las tres, que las cosas se están poniendo muy feas — con un gesto que parece que las regala al taquillero y dice con tono condescendiente:

— Dáme una de pasillo... ¡Bah! Nos reiremos un rato.

En cambio, si se trata de una película



Buster Keaton muestra en esta escena con Dorothy Sebastian toda la gracia de su interpretación.



Todo eso es una máscara. Hay personas que no se ríen ante una película de Charlot, como hay personas que se duermen viendo a Lewis Stone o a Greta Garbo. Y, llevando las cosas más lejos, por cada uno que no se conmueve ante las películas cómicas, nosotros os presentaremos otro que permanece imposible ante la «Novena Sinfonía» y que no experimenta el menor interés por ninguna clase de literatura.

Pero no nos interesa hablar ahora de esos señores. Queremos referirnos a los que toman la risa como cosa de chicos y después arman en el cine un alboroto a fuerza de carcajadas. Esos caballeros no sienten hacia la risa el desdén que pregonan. Es una máscara que se ponen,



llevados de las necesidades de la vida. Que un hombre sea propenso a la hilaridad no interesa a nadie. En cambio, los hombres serios son muy solicitados y la seriedad representa una arma excelente en la lucha por la vida.

El hombre que no da importancia a las carcajadas que lanza ante las genialidades de Charlot, quiere demostrar así que es un hombre serio y que le importa la seriedad.

Pero nosotros queremos recordar a esos señores que la seriedad del que no se ríe no tiene ningún valor, y que, en cambio, vale mucho la seriedad, la formalidad en los actos de la vida, cosa que no es incompatible con las

carcajadas. JOSÉ BAEZA



Charlot sin su ex-actitud: a inducelos talento y su gran conocimiento

mentaría, pero siempre con su éxito del humorismo cinematográfico.





Chester Conklin y Flora Finch, actúan juntos desde que se introdujo en el cine el arte de arrojarse pasteles a la cara. Los años han pasado y el lanzamiento de pasteles también, pero Chester y Flora continúan actuando juntos para la pantalla. Vedlos en esta fotografía de una escena de la película cómicodramática

Seg
que
me
vez
tra
ven



Según hemos oído, el celebrado actor George K. Arthur, que tanto nos deleitó con sus actuaciones, dedica actualmente sus actividades a la dirección de películas. Tal vez pensaba ya en ello, cuando como si fuera por distracción se entretenía en aprender el arte de usar convenientemente los aceites femeninos, en uno de cuyos



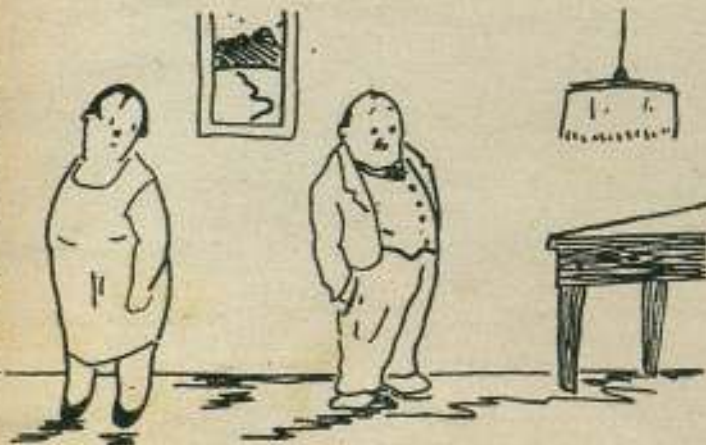
—¿A su manera de ver, las estrellas de cine deben casarse?
—Naturalmente. ¿Cómo se iban a divorciar si no?

(De El Liberal, de Sevilla.)



—(Cómo me gustaría dedicarme al «cine»! ¡Cinco mil dólares semanales por dejarse besar así!

(De Passing Show, de Londres.)



ELLA: —Me hubieran sobre-do condiciones para dedicarme al cine.
ÉL: —Al cine amara, desde luego.

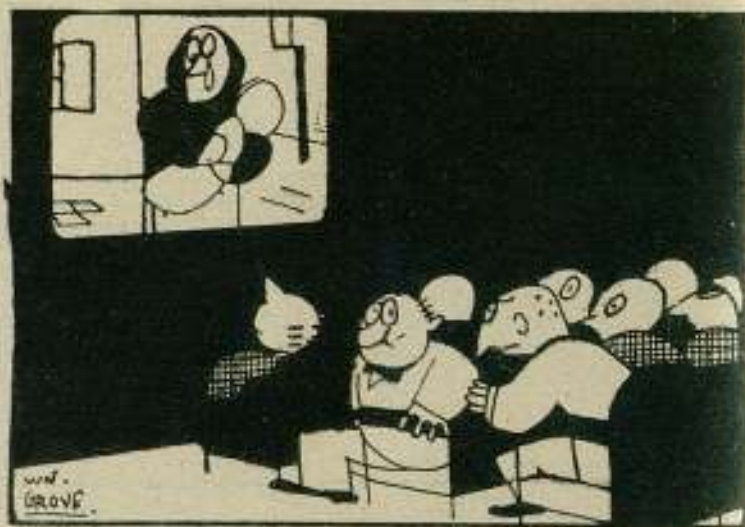
(De Puges Gales, de Yverdon.)



El seductor (piñendo la mano de una actriz de cine). —Querida, ¿quiere usted aceptarme por... primer marido?

(De Rit et Roc, de París.)

EL VIL SEDUCTOR



—Pero se marcha usted ya?
—Sí, me parece que me ha reconocido.

(De Le Rire, de París.)

NOTICIAS, por Teixi



—¿Qué sabe de la «cine»?
—Bueno está. Dice que s'ha marchado de la casa de las señoras de Me indies y s'ha metido a fotógena.

(De La Voz de Aragón.)

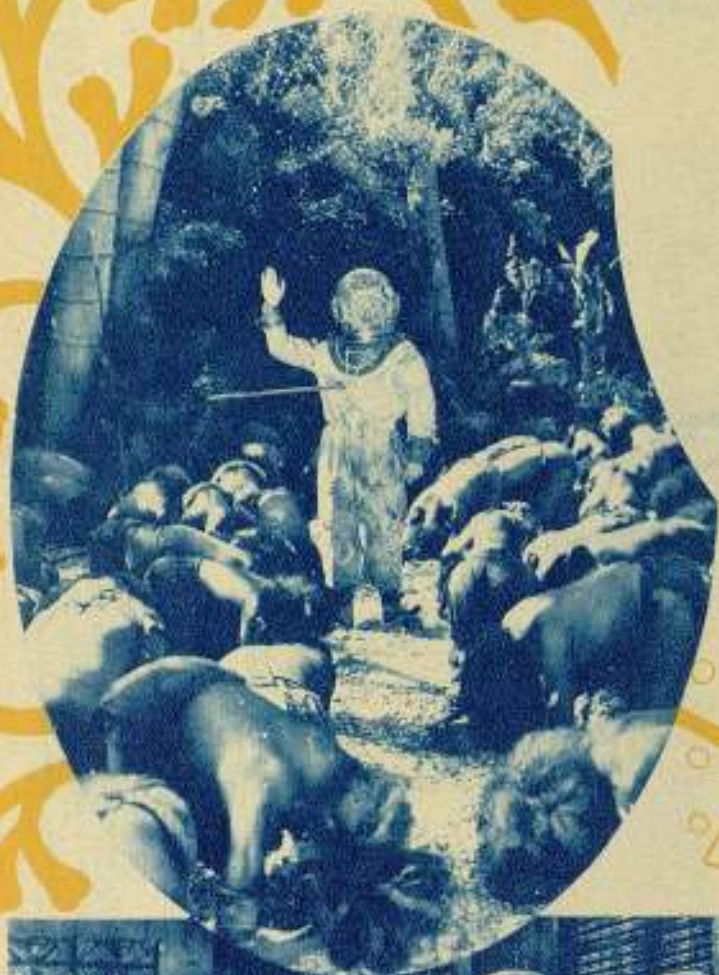


EL CINE Y LA MODA

CORRECCIÓN Y ELEGANCIA. — Tales son las notas fundamentales de este vestido de chiffón blanco, adornado con aplicaciones de oro, que luce la estrella de la Paramount Pay Wray. Sencillo y severo en sus líneas, este vestido se ajusta a la línea clásica que predomina en la moda actual. Este vestido se completa con una preciosa chaqueta de damasco que lleva voluminosos puños de piel.

El dios del mar

ELLE FRANCINI
INTERPRETES PRINCIPALES
ROSIVUVE, RAMÓN
PEREDA, VILLARREAL
EDUARD VENTURINI
JOSE DE RIBALTA



EN alta mar, dos barcos navegan a talu de la vista de un marino experimentado un se-
ñalita difícil observar que uno de ellos, el «Capitán», trata de dar caza a la «Nina Boni-
ta». Si no es que cada uno procura salvarse, sabe Dios por qué motivos. Esta segunda
hipótesis es la cierta, pues trata de un barco, comandante del que va delante, y Korff,
dueño del que en vano procura alcanzarlo, en una regata de cuyo éxito depende
la posesión de sus respectivos barcos. Vengata es más empeñada y la «Nina Bonita» ya
dejando cada vez más lejos a su perseguidor, no quiere como trise por un hecho que le
de que han avistado un naufrago. Al descubrir la posesión de la nave, su pan y su honor de
marinero, pero al fin es su bota como se ve, contra estos reparos egoístas. Por salvar
al desgraciado pierde su nave con lo cual queda reducido a la triste situación de los indios
a quien la suerte obliga a vivir del mar en una de estas islas de la Melanesia.

La noticia de la apuesta y su resultado, obviamente, a su favor, el patrón de la nave des-
tina gran de grandes simpatías. Estas, a su vez, se desvían hacia el vencedor. Para
colma de desdichas la novia de Dupré le hace su abiection a las apuestas y se inclina a fa-
vorcer con su afecto a Korff, el vencedor de las apuestas. Dupré a su casa, dos o tres días
después del suceso narrado, encuentra en su un vecellino en el cual reconoce al naufrago
salvado. El naufrago, que se llama Nick, le confiesa que Dupré una bota llena de perlas que ha
encontrado en ciertas islas, de peligro para sus habitantes por indígenas antropófagos. In-
mediatamente Leandro desecha con el prodigio de una de sus perlas, recupera la nave
perdida, lo que no ha de ser fácil, para Korff desprecia de ella sabiendo que es para su
antiguo dueño. A este fin Leandro encarga a su amigo suyo, llamado Sin U, que
efectue la compra de la nave y se prepare para ir a las islas Salomón en busca de más per-
las. Pero sucede que Korff, cuando la «Nina Bonita» está ya en alta mar, se entera de que su patrón
es Leandro y que por avaricia Mariana, la esposa de Dupré, va a bordo de la embarcación de este.
Inmediatamente urde el «Gran Capitán» y la destrucción de la nave de su rival.

A través del grueso cristal de su escudilla, Dupré se al alcance de sus manos la más rica
colección de perlas que jamás vieron los ojos de ningún pescador. Deslumbrado por la riqueza
que tiene ante sí, el patrón de la «Nina Bonita» se queda inmóvil por algunos momentos. Después
con pesados movimientos que le hacen caer las lágrimas del mar. Las que ya tiene re-
cogido el pecoso hallazgo. Una por una las perlas caen sobre el agua. Mas todavía no está satisfecho
unidas serían suficientes para hacer la fortuna de un hombre. Mas todavía no está satisfecho
cuantas más tiene más ambiciones. Al ser le da miedo el agua y se obliga a volver a
la superficie. Mas cuando trata de hacerle la «Nina Bonita» han dejado de funcionar y
el ansia de vivir centuplican sus fuerzas y el esfuerzo indescriptible llegar a la pira de los
indígenas. Es la tribu de Canibales, que ha en serie de morir a la voracidad de los
indígenas. El terror supersticioso de los indios, amedrentados, saludándole como al Dios
Pincho y de Mariana. Estos relatos a la vez, canibales atacaron súbitamente la embarcación
encontrándose los tres, plantan su faga por la isla. Los perseguidores consiguen apuñalar
gravidamente de coque igual suerte.

Como último y desesperado recurso la pira de la coque donde se habían escondido, tanta, contra Korff y su banda. El terror de
poco rato llega con sus amigos a la pira de la coque y rica, satisfechos y felices los tres
un viento suave a la vez que el amor y la

Filmoteca
de Catalunya
NUEVAS FIGURAS
DE LA PANTALLA



La graciosa actriz y bailarina del cine hispanoparlante, ROSITA MORENO



Navegando hacia Marte

UNA HISTORIA DE AMOR Y DE VIDA EN 1980

FANTASÍA DEL PORVENIR

Protagonistas: El Brendel, José Garrick, Marjorie White, Frank Albertson, Marjorie White

PELÍCULA FOX

(Continuación.)

Había mucho que aprender, no sólo en el manejo de los intrincados controles, sino acerca de las curvas astronómicas, presiones atmosféricas, y regularización del tiempo que les ha de servir para su viaje de regreso.

J encarga a RT el secreto de estos planes pues si llegaban a oídos de LN sólo serviría para causarle más pena.

—No se lo digas a D — le ruega J — es muy buena muchacha, pero no sabe guardar un secreto.

La noche anterior al gran acontecimiento, la comandancia y oficialidad del *Pegasus* dan una cena de despedida a su compañero. Juran no revelar el motivo de la expedición y desean un feliz éxito al que hasta entonces fue su piloto.

J escribe una breve nota a LN, con la instrucción de que no la abra hasta mediada la noche, cuando ya no sea tiempo de ir al campo de aviación antes de despegar.

Simple O quiere acompañarles, aunque ignora dónde se dirigen, pero J se muestra firme. Dos hombres son los que el aparato puede conducir. No hay sitio para él.

MT es una de las pocas personas que están en el campo de aviación para despedir a los aviadores. Fingiendo una amistad que no siente, le desea a J un buen viaje. Está tan seguro de que la expedición será un desastre que no le cuesta trabajo sentirse magnánimo.

Todo arreglado, los muchachos toman sus puestos dentro del aparato. El gran inventor Z-4 es el que se ocupa

de desamarrar y de dar al aparato los gases que harán elevar al gigante de los aires y, a los pocos momentos, éste se pierde de vista más allá de las nubes.

Aunque ya están preparados para ello, el impetuoso arranque del aparato los derriba por el suelo. No sin esfuerzo logran ponerse de pie nuevamente y miran con curiosidad por los cristales que hay en el fondo de la cabina. La tierra queda detrás de ellos como un globo extraño, un planeta de tierra y agua.

— Parece una de las ilustraciones de mi vieja Geografía de colegial — comenta RT en un susurro apenas perceptible entre el rítmico ruido del avión, un ruido parecido al silbido del viento

al pasar por la garganta de las montañas en una noche de tormenta.

— ¡Dejadme ver!

Los dos muchachos se vuelven al profesor, como si una bala los hubiese herido a un mismo tiempo, al sonido de aquella voz. Simple 0 está ante ellos un poco aturrido, pero sonriente.

— ¡Un polizonte! — exclamó J.

— Un polizonte por derecho propio — replica Simple 0 —. ¿Qué iba a hacer yo sin vosotros? Además, a mí siempre me ha gustado viajar.

— Pues el viaje de ahora es estupendo, amigo — recalca RT —. Espero no ha olvidado su cepillo de dientes.

— ¿Cuándo aterrizaremos? — pregunta.

— Dentro de treinta días, si no nos hemos roto la cabeza antes.

Les indicó el camino una bonita marciana.



Un polizón en el aerostato interplanetario

Y treinta días después, a la hora justa indicada por los cálculos del inventor, el control de gravedad empezó a señalar la proximidad de una atmósfera planetaria. Siguiendo las instrucciones que

les dió el inventor, J empezó a disminuir la velocidad, pues si el avión llegase a la atmósfera de Marte a la misma

velocidad que llevaba a través del espacio, se hubiera estrellado contra el desconocido planeta.

Dos minutos más tarde el avión volaba ya sobre unas colinas y los intrépidos muchachos pudieron ver debajo de ellos una gran llanura cubierta de musgo.

Con su perfecta precisión de experto piloto, J aterrizó sin mostrar la más pequeña nerviosidad.

— Hemos llegado — exclamó RT con excitación.

— Sí, hemos llegado — dijo J —. Nuestra grandiosa aventura la hemos llevado felizmente a su justa mitad.

(Continuará)



VALENTIN PARERA SE MARCHA A CINELANDIA

Gran desfile de españoles hacia Hollywood. Se llevan a los actores de teatro: María Fernanda Ladrón de Guevara, Rafael Rivelles. Se llevan a las reinas de belleza: la Peche, María Rosa de Gracia. Y se llevan hasta actores del cine: Valentín Parera. Uno se pregunta, un poco asustado, qué va a pasar aquí, si continúan llevándose a Yanquilandia nuestra gente. Habrá que ir preparando la fosa para enterrar definitivamente nuestro cine. Y encargarse una lápida con esta inscripción: «Aquí yace la cinematografía española. Vivió pobre y murió pobre. Descanse en paz».

El caso de Valentín Parera es único en la cinematografía hispana. Ningún actor de la pantalla nacional ha llegado todavía a conseguir su reputación artística, ni su gran popularidad.

Parera es un actor que se sale de los límites de la infancia en que, hasta ahora, se ha desenvuelto la producción española, paralizada hoy por obra y gracia del cine sonoro. En todas sus películas — desde «El negro que tenía el alma blanca» hasta «El profesor de mi mujer», estrenada recientemente — ha demostrado su clase de actor internacional, de verdadero «as» de la pantalla, capaz de hacer un buen papel en los estudios extranjeros.

Hace un año, dijimos, en una popular revista cinematográfica, que el día menos pensado se llevarían a Valentín Parera a otras tierras que ofrecen perspectivas cinematográficas más amplias que las nuestras, y en las cuales, además, los elementos de interés se cotizan a precios elevados. Pues bien: nuestro presagio se ha cumplido. Parera ha sido contratado por la Metro para intervenir en películas habladas en castellano. Cuando este artículo se publique, habrá embarcado ya con rumbo a Hollywood.

Antes de partir hemos abordado al notable actor en un café madrileño, donde Valentín acude con frecuencia durante sus estancias en la villa y corte.

Parera, que a pesar de su apariencia «chic» es, en el fondo, un castizo, me ofrece un pitillo de sesenta y me dice:

—Me alegro que me despidas del público español por medio de *FILMS SELECCION*. Es una revista muy simpática, a la que sin duda aguarda un gran porvenir. Y me alegro porque esperaba esta oportunidad que tú me ofrecías para despedirme del público catalán, uno de los más inteligentes en materia cinematográfica. Yo estoy muy contento con los catalanes, porque son a los que más han gustado mis interpretaciones...

—Bueno, déjate de frases de cumplido, más o menos sinceras...

—¡Completamente sinceras! Y si no lo crees y no lo haces constar así, desisto de seguir la entrevista.

—¡No te enfades, curamba! Y vamos



a lo que importa. ¿Qué tiempo de duración tiene el contrato?

—Un año. Pero luego podemos prorrogarlo, ambas partes de acuerdo.

—Esto quiere decir que te despidas por bastante tiempo de España.

—Sí, chico. Me causa mucha pena, pero no hay más remedio. No volveré, por lo menos, hasta que finalice el contrato.

—¿Muchos dólares?

—Como no estamos acostumbrados los artistas europeos. ¡Con decirte que pienso ahorrar para procurarme una vejez tranquila!

—Pero, ¿cuánto?

—¿Qué importan las cifras al público, si casi nunca se las cree? Baste decirte que voy contratado en mejores condiciones que todos los compatriotas que me han precedido.

—¿Incluyendo directores?

—Incluyendo directores.

—¿Quieres referirme, aunque sea a grandes rasgos, tu carrera cinematográfica?

—Es bien sencilla. Debuté hace cinco años con «El negro que tenía el alma blanco». Luego tomé parte en «La condesa María», que fué la película que me

elevó, y «Corazones sin rumbo». Las tres las dirigió Perojo y en las tres hice papeles de «malo», pero de «malo simpático», ¿entiendes?... El primer «bueno» lo hice para la película de Florián Rey, «Los claveles de la Virgen». Pero volví otra vez a las andadas con «La bodega», realizada, como las primeras, por Perojo. Y ahora he terminado «El profesor de mi mujer», estrenada ya en Barcelona y Madrid, con la cual me despidió del público, hasta que llegue mi primer «film» americano.

—¿Ha influido mucho Perojo en tu carrera?

—Sería inútil negarlo. El me ha dirigido en casi todas mis películas. A él debo gran parte de lo que soy como actor.

Una muchacha rubia y tres veces guapa se acerca a nuestra mesa. Valentín me dice, por lo bajo:

—Perdona. Un asunto importante. Ya seguiremos...

—No es necesario. La entrevista está hecha.

—Entonces...

—Entonces, buen viaje, Valentín. Y que triunfes en Cinelandia. — RAFAEL MARTÍNEZ GARCÍA



NORMA TALMADGE Y JOHN WRAY EN LA PELÍCULA «NOCHES DE NUEVA YORK»

La eminente estrella Norma Talmadge nació en Jersey City (Estados Unidos) y es la primera hija de Federico y Margarita Talmadge. Poco después de su nacimiento, la familia Talmadge se trasladó a Brooklyn (Nueva York), donde Norma se educó en la escuela número 92 de primera enseñanza; terminando sus estudios en la Escuela Superior de Erasmus Hall, de Brooklyn.

Durante el primer año que pasó en esta escuela y mientras su familia vivía en Fenimore Street, Brooklyn, miss Norma ya reveló sus facultades interpretativas. Trabajó en teatros de aficionados, siendo la mejor actuación en ellos efectuada, según recuerda, una obra escrita por ella misma titulada «Norma, la princesa mártir», en la cual aparecían también sus hermanas, Constance y Natalia (esta última es hoy la esposa de Buster Keaton y estuvo con su marido y su hermana en España, recientemente). Los trajes fueron confeccionados por la señora Talmadge, madre de las muchachas, a quien éstas familiarmente llamaban «Peg».

A consecuencia de una visita que realizó a los antiguos estudios de la Vitagraph, en Elm Street, Brooklyn, Norma interpretó a los catorce años su primer papel para la pantalla. El título de la película era en inglés «The Fourfooted Pest» (La fiera de cuatro patas) y el papel de miss Norma en besar a una joven oculta debajo de una tela negra, que al mismo tiempo cubría una cámara fotográfica, y que un ca-

BIOGRAFÍAS BREVES

NORMA TALMADGE

ballo arrastraba hacia sí con los dientes. Solamente asomaba entonces la parte posterior de la cabeza de Norma. Esta película, de una sola parte, fué terminada en medio día.

Después de dos o tres papeles análogos, miss Talmadge pasó a integrar el elenco de la Vitagraph Stock Company con una retribución semanal de veinticinco dólares. Su primer papel de importancia fué secundando a Florentine Turner, a quien llamaban «la muchacha de la Vitagraph». En aquellos días los exteriores de los films se impresionaban en Coney Island, cuya playa servía para representar el Sahara o los arenales del Oeste norteamericano, según conviniese.

El primer papel de absoluta importancia interpretado por Norma fué en la versión cinematográfica de la conocida novela de Dickens «La historia de dos ciudades», en la que aparecen también Florence Turner, Maurice Costello, Ralph Ince, John Bunny, James Morrison, Kennel Casey, Leo Delaney y Julia Swayne Gordon. Poco después, fué compañera de Charles Richman en «The Battle-Cry of Peace» (El grito de guerra de la paz), película de nueve partes basada en la obra de Rudson Maxim «América indefensa». Por vez primera, su nombre fué anunciado entonces en letras luminosas. Miss Talmadge apareció en los siguientes films de la Vitagraph: «The Peace-Maker», «Good-bye Summer», «The Extension Ta-

(Continúa en la página 16)

NORMA TALMADGE
de Catalunya y
GILBERT ROLAND
EN LA PELÍCULA
NOCHES DE NUEVA YORK





Dos escenas de conjunto de la interesante película «Las Castigadoras de Broadway».
Selección Cínes.

OPINAMOS QUE...

LA FIESTA DEL DIABLO. — Película Paramount, hablada en castellano y realizada en Joinville, bajo la dirección de Adelqui Millán, con el siguiente reparto: Hallie Hobart, Carmen Larrabelli. — David Stone, Tony d'Algy. — Mark Stone, Félix de Pomés. — Charlie Thorne, Miguel Ligeró. — Telefonista, Amelia Muñoz. — Ezra Stone, Manuel Vico. — Kent



Una escena de «La fiesta del diablo» entre Carmen Larrabelli, Manuel Vico y Félix de Pomés.

Karr, Pedro Barreto. — Dr. Reynolds, Manuel Russell. — Hammond, José Sierra de Luna. — Ana, Mercedes Servet. — Monk Mac Connell, Carlos Díaz de Mendoza.

Viendo el estreno de «El Gran Charco», pensábamos ¿por qué temiendo la casa Paramount estudios en Joinville, realiza esta película en francés en los estudios de los Estados Unidos y, en cambio, gran número de las españolas las hace en Francia? A mí me parece más natural que hicieran en el país vecino las películas francesas. ¿No opinan lo mismo nuestros lectores?

La película hablada en castellano «La fiesta del diablo», que recientemente hemos visto pasar de prueba y que ha sido realizada en Joinville, opinamos sinceramente que no beneficia en nada el nombre de la casa editora y que a la representación que ésta tiene en España, no sólo no la beneficia, sino que la perjudica porque le hace perder su bien ganado prestigio. Tal vez no sea definitivamente mala, pero tampoco es buena y, sobre todo, no es cine, ni se le aproxima siquiera.

Es una obra semejante a las anteriormente salidas de los mismos estudios, obra que, tal vez juzgada con manga ancha, podía aceptarse si fuese de una nueva casa productora, pero esa película lleva el buen marchamo Paramount, casa que nos ha demostrado muchas veces que sabe y puede hacerlo muy bien y, por lo mismo, tenemos derecho a exigirle más que a otras de inferior categoría. Una admiración sincera nos hace escribir estas líneas, doliéndonos en el alma vernos en este trance, pero a fuer de leales nos creemos obligados a advertir a los que tales cosas envían, para evitar el descrédito de una firma por la que tanto afecto sentimos. — JUAN MIRA.

EL PRESIDIO. — Película de la Metro-Goldwyn-Mayer, estrenada en el Fémima, con el siguiente reparto: Butch, Juan de Landa. — Morgan, José Crespo. — Kent Marlowe, Tito Davidson. — Ana Marlowe, Luana Alcañiz. — Wallace, Giovanni Martino. — Pop, Luis Llaneza. — Director, Juan de Homs. — Donlin, José Soriano Biosca. — Putman, Romualdo Tirado. — El Lobo, César Vmonil. — Señora Marlowe, Alma Real. — Señor Marlowe, Antonio Vidal.

Añadido, como quien dice de la noche a la mañana, el elemento sonoro al clásico mundo del silencio y de las sombras, se nos ha ido presentando una serie de películas que, aparte sus buenas o malas cualidades cinematográficas, daban en el fondo la sensación de que se habían hecho sin orientación definida, algo así como si los directores no supiesen todavía

para qué se había inventado el cine sonoro. Esta desorientación — poco apreciada al principio ante el asombro del invento — ha ido paulatinamente creciendo hasta el punto de que parece que ya se han dado cuenta de ella los productores de cine.

Un ejemplo de esa conveniente reacción cinematográfica es «El presidio», que acabamos de ver en el Fémima. Podemos decir que hemos visto una película totalmente hablada en español que no es la manida opereta a base de dúos y bailables, ni la decadente comedia en tres actos. Es, en una palabra, una película resueltamente enfocada a descubrir las posibilidades artísticas que encierra el cine sonoro. Porque no cabe duda de que el cine sonoro ha de tener un valor artístico característicamente suyo, del mismo modo que lo tiene el cine mudo con independencia de todas las demás manifestaciones del arte.

No queremos tampoco decir con esto que «El presidio» sea ya la obra definitiva del cine sonoro. No. Aun ha de dar éste muchos pasos hasta llegar a concretarse a sí mismo. Esta misma película, dentro de su nuevo cariz artístico, se vale todavía de recursos propios del cine mudo, sobre todo en las escenas de conjunto; pero ha conseguido — y esto por ahora ya es bastante — apartarse de la perniciosa teatralidad a que se había acogido el cine hablado. De momento, el problema queda enfocado hacia su verdadero término; sólo falta desarrollarlo.

El argumento de «El presidio» — acaso lo de menos importancia del film — se reduce a mostrarnos unos momentos de la vida entre rejas, con la dureza de la disciplina, el compañerismo de los presos entre sí, las insidias de los reclusos distinguidos, el comportamiento del delincuente que se regenera, etcétera, culminando todo ello en una sublevación en que intervienen, al estilo norteamericano, muchos fusiles, ametralladoras y tanques de guerra. Pero en todo eso hay algo del dinamismo y de la amplitud escénica a que nos tenía acostumbrados el cine puro, hay algo que vibra cinematográficamente, lo mismo sobre las grandes escenas del pre-



Escena de la película «El Presidio». Los tres personajes del centro son, de izquierda a derecha, José Crespo, Juan de Landa y Tito Davidson.

sidio, que entre las frases del diálogo, siempre justo, preciso, retortado.

Y, sobre todo, merecen que les recordemos Juan de Landa y José Crespo, dos actores noveles que saben sustituir a maravilla a los veteranos Wallace Beery y Chester Morris, los intérpretes de «The big house», es decir, la versión inglesa original de «El presidio». — L. C. R.

En el próximo número daremos cuenta del baile de disfraces que tuvo lugar en el Hotel Oriente, organizado por «Los Nietos del Zorro» y patrocinado por FILMS SELECTOS, que obtuvo un grandioso éxito.

NORMA TALMADGE

(Continuación de la página 20)

ble», «The Sepoy Rebellion», «Counsel for Defense», «The Neighboring Kingdoms», «Mrs. Henry's Awkward», «Will Animals at Large», «A Daughter's Strange Inheritance», «The Criminal», «The Way of a Man With a Maid», «The Fortunes of a Composer» y «Under the Daisies».

En ellos aparecían también Maurice Costello, Rex Ingram, Antonio Moreno, Leo Delaney, Anita Stewart, Constance Talmadge, Florence Turner y Leah Baird.

Norma Talmadge dejó después la Vitagraph por la Triangle, para cuya compañía interpretó, entre otras producciones,

UNA NOVEDAD EDITORIAL

ESTAMPAS DEL CINEMA

Contiene 8 grandes fotografías sueltas, en cartulina, tamaño 20 x 15 cms. reproduciendo las más importantes escenas de cada una de las películas que obtengan mayor éxito, cuidadosamente reproducidas en huecograbado y completo argumento de las mismas.

PRECIO 50 CÉNTIMOS



El próximo sábado **Estampas del Cinema** publicará las fotografías y argumento de

“EL GRAN CHARCO”

por MAURICE CHEVALIER y CLAUDETTE COLBERT

ESTAMPAS DEL CINEMA ha publicado **BOY I**, por Greta Garbo y Lewis Stone DEL MISMO BARRO, por Mona Maris y Juan Tena

ESTAMPAS DEL CINEMA será la selección de los grandes films de la temporada.

LAS ESTRELLAS DEL CINE

PUBLICACIÓN SEMANAL DE

8 ARTÍSTICAS POSTALES Y SUS BIOGRAFÍAS: 30 CÉNTIMOS COLECCIÓN

Están postas a la venta 14 colecciones y también un magnífico ALBUM para 200 postales 2 pesetas.

En todas las librerías y quioscos. Enviamos franco portes «Estampas del Cinema», «Las Estrellas del Cine» y «Album» remitiendo su importe en sellos de correo a Editorial Gráfica, Rambla Cataluña, 66, Barcelona

VUESTRA BELLEZA

LO QUE DICEN LAS ARTISTAS DE CINE

«La belleza artificial comienza a perder su atractivo — dice Luisita Brooks, gentil estrella del «cine» americano que no necesita, ciertamente, recurrir a artificialismo ninguno para ser espléndidamente bella; — los labios encarnados a fuerza de «rouge», las mejillas pintadas y la tez blanca a precio de cremas han perdido su encanto. La mujer moderna, aireada y soleada en los campos de deportes, busca el tono ligeramente bronceado con que la Naturaleza marca los cuerpos sanos y llenos de vida activa. La muñeca de salón, pálida y delicada como planta de invernadero, ha dejado de ser la compañera ideal del hombre. Nuestra época de actividades exige que la mujer sea tal como es: que pueda fatigarse y amar sin perder su natural encanto. La que no sabe ponerse a la altura de los acontecimientos, ni ir al ritmo del tiempo,

la que aun persiste en la belleza artificial y busca en los cosméticos la gracia que no le dió la Naturaleza, malgasta lastimosamente su esfuerzo y, lejos de agradar, destruye con su propia mano el natural encanto que pudiera tener. Tal es la conclusión a que, después de largos rodeos, han llegado el hombre y la mujer de nuestros días.

Claro está que ello no significa que la mujer deba descuidar su alioño. Por el contrario, debe prestarle más atención que nunca y cultivar con empeño y por medios naturales su belleza física. Para ello no tiene necesidad de un tocador demasiado provisto. Ejercicio al aire libre, vida activa y un atavío adecuado

DIRECCIONES DE ESTRELLAS

Hal Roach Studios, Culver City, Calif.
Charley Chase
Oliver Hardy
Harry Langdon
Stan Laurel
Our Gang
Thelma Todd

«The Crown Prince's Double»; de la Triangle pasó a la Fine Arts, donde interpretó «The Social Secretary» y «Fifty-Fifty». Más adelante pasó a trabajar para Selanich-Select Pictures, interpretando diversos films.

El 20 de octubre de 1917 se casó Norma Talmadge, en Connecticut, con Joseph M. Schenck, productor de películas.

En 1919, Norma Talmadge constituyó su propia entidad productora con Mr. Schenck como productor y presidente de la compañía, editando los films la Associated First National Pictures. Citaremos solamente algunos títulos en español de sus principales producciones como: «La eterna llama», «Un gran odio», «Kiki», «La única mujer», «Una gran señora» y «La igualdad ante el amor».

En 1926, miss Talmadge anunció que produciría películas independientes para ser editadas por los Artistas Asociados que editan también las de Mary Pickford, Gloria Swanson, Charlie Chaplin, Douglas Fairbanks, D. W. Griffith y otros famosos artistas y productores.

En sus artículos publicados en el «Saturday Evening Post», titulados «Primeros planos» y editados en marzo, abril, mayo y junio de 1917, miss Talmadge reveló que Morris Gest la invitó una vez a representar el papel de monja en su producción «El milagro». David Belasco quiso también persuadir a la famosa actriz dramática de la pantalla de que debía actuar en la escena hablada, pero Norma se mantuvo fiel al lienzo de plata.

«El mejor caballero», versión cinematográfica de una obra teatral de Willard Mack, fué la primera película de Norma Talmadge para Los Artistas Asociados. Fué dirigida por Gilbert Roland e interpretada, además de Norma, por Gilbert Roland (Luis Alonso) y Noah Beery, su segunda producción fué «La mujer disputada», dirigida por Henry King.

«Noches de Nueva York», dirigida por Lewis Milestone, en la cual aparecen al lado de la estrella Gilbert Roland y John Wray, y «Du Barry», dirigida por Sam Taylor, en la cual aparecen Conrad Nagel y William Farnum, son las más recientes producciones sonoras de Norma Talmadge, que veremos esta temporada.

NO MÁS GRIETAS NI SABAÑONES

La Pasta Rosa Cura-Cutis suaviza la cara, conserva su frescura y combate, con éxito seguro, los Sabañones, Grietas, Diviesos, Granos, Que-maduras y toda clase de



irritaciones de la piel, constituyendo una verdadera especialidad en las propias de los niños. De venta en las principales droguerías, perfumerías y mercerías.

a su edad y posición social y que armonice con su tipo de belleza... Las rubias, igual que las morenas, pueden cerrar su cajita de colorete y dejar a un lado los vestidos con demasiados adornos. La presente temporada es sobria, tanto en la indumentaria como en el tocador. El vestido predilecto es el de estilo deportivo. Después de una partida de tenis o de una excursión, la mujer elegante se pasa ligeramente la borla de los polvos por la cara y va a visitar a sus amigos o a hacer sus compras. Nadie la criticará por ello. Los días en que la mujer tenía que permanecer en el tocador dos horas antes de salir de casa han pasado a la Historia. En la actualidad, la mujer quiere ser útil y no puede perder mucho tiempo, con lo cual, haciéndose más natural, añade a su persona un atractivo más, que el hombre sabe apreciar en lo que vale y que recompensa, tal vez con menos ceremonia que antiguamente, pero con más sinceridad y más aprecio de su compañera.

— Ya estoy lista. Ha sido usted muy amable viniendo a buscarme. Yo no le esperaba en vista de que la tempestad no es muy fuerte. Cuando llegó me figuré que sería la señora Harlness.

— Está ocupada en dar a su enfermo, el marinero Jones, un medicamento que le ha preparado — contestó Sheridan. — No tendrá usted necesidad de salir al aire libre, porque en su obsequio he hecho abrir la puerta que comunica el salón con mis habitaciones. De todos modos hace un poco de fresco y será mejor que se eche un abrigo sobre los hombros, en vista del traje de baile que se ha puesto.

La joven abrió el armario y tomó una piel de armiño. Sheridan observaba sus movimientos y se apresuró a coger la piel cuando ella se disponía a ponerla. Al comprender el propósito del joven, ella le dirigió una sonrisa y dijo:

— Es la primera vez que llevo un traje de noche y me lo he puesto por creer que a usted le gustaría.

— En efecto, me gusta — contestó.

Y en vez de poner la piel sobre los hombros de la joven, se inclinó y aplicó sus labios a su nuca, precisamente donde asomaban los ricitos de color cobrizo.

— ¿Por qué hace usted eso? — preguntó la joven, jadeante.

— ¿Qué? — contestó Sheridan. — Me he limitado a obrar de acuerdo con nuestro nuevo contrato. La verdad es que ya estábamos demasiado serios y usted me ha hecho comprender que todas mis preocupaciones no me han helado la sangre. Esto es un triunfo para usted, aunque no lo haya observado. ¿Cree necesario que este viaje se parezca a la merienda de unos colegiales? Lo mejor que puede hacer es tomar el dinero y olvidar todo lo demás.

Y arrojando sobre la cama la piel de armiño, cogió a la joven por las muñecas; mas ella se echó hacia atrás, respirando con grande agitación y palideciendo en extremo.

— No, no haga usted eso — su-

plícó. — No lo comprendo. Es usted casado... no tiene derecho...

Sheridan se echó a reír, considerando ridícula aquella situación.

— ¿No le parece a usted que ha fingido ya durante bastante tiempo?

— exclamó. — Creo que ya es hora de que nos conozcamos de otro modo. Y en cuanto al futuro, mi querida y linda niña, puede usted renunciar a él en absoluto. Usted misma me dijo que deseaba romper el compromiso y yo la cogí por la palabra. Y si cree que no tengo derecho para robarle un beso, déme uno o véndamelo. ¿Cuánto cuesta?

Aun la tenía cogida por las muñecas y la acercó más a sí, en tanto que ella le miraba con la mayor intensidad.

— ¡Si me besa usted le odiaré! — consiguió decir.

El la soltó de pronto, enojado consigo mismo y con ella, comprendiendo, al mismo tiempo, que había desaparecido ya aquella especie de embriaguez.

— ¡Vaya usted al diablo! — dijo.

Teresa retrocedió tambaleándose y se agarró a una silla.

— Quisiera arrojarme de cabeza al mar — dijo. — Nunca me figuré que usted fuera así. Es usted un hombre malo y sus ojos miran ahora igual que esos hombres horribles. Me da usted el mismo asco que esos asquerosos libros franceses. ¡Ojalá estuviera muerta!

Sheridan se quedó atónito y mudo de asombro. La bestia que existe en todos los hombres habíase escapado de la jaula. Y ahora volvía a ella, no domada, sino sencillamente desalentada.

— No sea usted tonta, señorita Divina — dijo con sequedad. — Eso no es un teatro y yo no soy el público. No tiene usted ninguna necesidad de arrojarse al mar ni de quedarse muerta, si quiere librarse de mí. De esta escena usted sola tiene la culpa. Recuerde que flirtó conmigo y eso me indujo a *flirtar* con usted. Y aquí tiene las consecuencias. En caso de que yo le sea repulsivo físicamente, mejor habría hecho de-

Pero la verdad es que Teresa quería estar bonita para Sheridan.

No porque esperase ganar nada con eso, sino porque deseaba que él la mirase complacido y le demostrase su bondad. Hasta entonces le dirigió palabras afables, mas sus miradas no lo fueron, porque la contempló con la mayor dureza o fingió no verla, como si no existiese.

Teresa se dijo que tal vez sería distinto su comportamiento si se ponía alguno de los hermosos trajes que le dió Julia, en vez de llevar siempre el de jerga azul con que llegó a bordo.

Y no se equivocó, porque, en efecto, el comportamiento de Sheridan fué distinto.

El ligero respeto que sintió por ella después de hablar del convento y de religión murió y fué olvidado. En cambio, la aprobación que le mereció su valor durante la tempestad se sumó a la admiración que, de mala gana, le inspiraba su belleza. Y así se sorprendió varias veces pensando en ella más de lo que convenía y de un modo que le disgustaba en cuanto se ocupaba de analizarlo.

— No creo que exista otro hombre de mi edad capaz de mantenerse apartado de una mujer como esta, que tengo al alcance de mi mano — se dijo una noche. — Es seguro que ella me desprecia altamente y que me considera un asno. O quizás supone que soy uno de estos animales desprovistos de sexo que no encuentran diferencia alguna entre una mujer o una estatua de hielo. De lo cual se infiere que mi noble conducta no es en realidad lisonjera para ella.

Se mantenía fiel al trato que tácitamente hizo Phillips en su nombre asegurando que una vez a bordo del «Silverwood» no se acercaría siquiera a la joven. Además, Hartley le dijo algo acerca de que su pasajera estaba prometida y a punto de casarse y que se proponía abandonar el teatro para siempre, una vez estuviese de regreso en Nueva York.

Sheridan tenía entendido que este detalle del contrato fué aconsejado por Phillips y no por ella, y creyó posible que la joven lo hubiese acep-

tado impulsada por su vanidad herida. Y se dijo también que quizás, cansada ya de representar el papel de ingenua, se adornaba cuanto le era posible, arrepintiéndose de aquella condición y que por esto se proponía conquistarlo para quebrantarla.

Pero Sheridan no estaba dispuesto a ello. En realidad se había decidido a observar fielmente lo tratado, tanto en honor de su propia dignidad y decencia como también para evitar las ventajitas que su debilidad podría dar a aquella mujer.

A pesar de eso no dejaba de pensar en ella, y hasta con los ojos cerrados le parecía verla. Mentalmente contemplaba su delicado y hermoso rostro, con las mejillas sonrosadas como si una rosa se hubiese fundido en aquel cutis maravilloso; con su cabello rojizo y dorado, a un tiempo, que se ensortijaba de un modo natural; y veía también su boca pequeña y pura, que tan apasionada podría ser sin duda, y, sobre todo, se sentía atraído por aquellos ojos inmensos que de noche parecían negros y a la luz del sol tomaban verdes tonalidades. Eran unos ojos fascinadores y capaces de apoderarse de la voluntad de un hombre. Y aunque al principio los creyeron llenos de experiencia y de sabiduría, no tardó en comprender que eran jóvenes y tan inocentes como las primeras violetas de primavera.

Pronto advirtió Sheridan la necesidad de dominarse cuando llegase la ocasión de desembarcar en Mónaco, que no tardaría en presentarse, si deseaba evitar que Julieta se riese de él. Por eso la trató con rudeza durante un día entero, pero ella le dirigió una mirada tan llena de sorpresa y dolor, como si le hubiese dado un tirón de orejas, que dejó volver a tratarla con cierta amabilidad.

— Se anuncia otra tempestad — le dijo deteniéndose junto a la barandilla, al lado de la joven. — Al anochecer estallará, si no me engaño.

Teresa se alegró tanto de que le dirigiese estas palabras, que, a su vez, lo miró con dulzura.

— Le aseguro que esta vez no me asustaré ni pensaré en la rata abo-

gada — dijo sonriendo. — Es decir, a no ser que la tormenta sea más fuerte que la pasada. Espero que no ocurrirá así.

— Pues entonces no estuvo usted muy asustada o, por lo menos, no lo dió a entender — observó Sheridan con firme entonación.

— Me esforcé en que no se conociera — replicó ella. — Creo no ser cobarde con respecto a la muerte, mas me parece muy triste parecer ahogada. Ya sabe usted lo que le dije acerca de aquella rata.

— No hablemos de ahogarse — contestó Sheridan. — Y si no le gusta encontrarse sola en tiempo de tormenta, mejor será que esta noche me acompañe a cenar.

Teresa abrió los ojos en extremo y se acentuó el color de su rostro.

— ¿Lo dice usted de veras? — tartamudeó. — ¿No se burla de mí?

Tal vez Sheridan no se propuso invitarla, y lo hizo inconscientemente, por lo que al observar que ya no había remedio, se llamó tanto o más. Así es que no quiso volverse atrás, aunque de antemano sabía lo que ocurriría si la joven le acompañaba a cenar. Desde luego ambos se tendrían la culpa, mas ya no había otro remedio ni motivo para lamentarse, porque era demasiado tarde.

— He hablado en serio — contestó con cierta rudeza. Luego añadió: — Eso en el supuesto de que usted no tenga inconveniente y siempre y cuando no le inspire yo más miedo que la misma tempestad.

Por vez primera desde que llegó a bordo, Teresa se consideró feliz. Por fin él ya no la encontraba antipática. Hasta entonces había comido solo, con el único objeto de evitar su presencia, y ahora, en cambio, su Príncipe parecía desear su compañía durante la cena. Habriase puesto a bailar de gozo.

— ¡Que si tengo miedo de usted! — exclamó sonriendo. — No me inspira el más pequeño temor.

— ¿De veras? — preguntó Sheridan mirándola a los ojos. — Pues bien, yo, en cambio, me temo a mí mismo. Pero ¿qué importa? Cuando llama la

sirena, el marino se deja seducir por ella. ¿Deseará usted, en realidad, alterar las cláusulas de nuestro contrato?

— ¿Qué contrato? — preguntó Teresa, que en su alegría lo había olvidado.

— Me refiero a la condición de que yo debía mantenerme alejado de usted.

— Si usted deseaba tal cosa — replicó Teresa. — yo no. Por el contrario, me habría gustado mucho que fuésemos amigos desde el principio.

— Perfectamente. Calga la sangre sobre su cabeza si yo pierdo un poquito la mía... durante la tempestad — dijo Sheridan. — Ahora márchese porque entro de guardia para relevar al capitán Vale. La cena es a las ocho y la esperaré. Y si hace mal tiempo iré a buscarla a su camarote.

— ¡Oh, sí! ¡Hágalo! — exclamó Teresa.

Y obedeciéndolo, se marchó cantando.

El no la había oído cantar todavía y observó que tenía una voz muy dulce, de *mezzo-soprano*, con algunas notas propias de una contralto, y que la modulaba bastante bien para una aficionada. Aquel convento en que pretendía haberse educado la convirtió en una muñeca magnífica, que no carecía de ningún atractivo. Sheridan se preguntó si las monjas que la instruyeron estarían enteradas de la carrera de la joven.

— Algunas veces le rogaré que cante — se dijo con cierta ferocidad. — Eso de no aceptar el dinero ha sido una comedia. Cuando se convenga de que no me cogerá y de que mi divorcio nos separará en lugar de acercarnos, la «Señorita Ingenua» enseñará sus garras de arpía. Entonces chillará pidiendo sus veinte mil dólares, o más si puede alcanzarlos; y es probable que obtenga mayor suma en vista de nuestro trato reciente, que entrará en vigor esta noche. Y ¡por qué no le sacaré el jugo a mi dinero? Por qué no tomar lo que ella ofrece y lo que todo el mundo creería que he tenido desde el primer momento? ¡Por qué habré de someterme

sin compensación alguna a las molestias de presentarme ante el juez?

El mar se encrespaba paulatinamente, pero el balanceo de la nave resultaba delicioso para Teresa, quien se decía que aquella tempestad le concedía la oportunidad de cenar con su Príncipe.

Ya sabía conservar perfectamente el equilibrio a pesar del balanceo del buque, y aunque éste se movía entonces con gran violencia, pudo ir de un lado a otro del camarote mientras se ocupaba en elegir lo que llevaría por la noche, y sin dar ni un tropiezo ni perder el equilibrio, dejó las prendas sobre la cama.

Durante todo el crucero se había puesto para cenar un traje sencillísimo, aunque muy lindo; pero aquella noche estaba dispuesta a adornar el comedor de Sheridan apareciendo en él con alguno de los trajes que reservaba para Monte-Carlo.

El que más le gustaba era uno color rosa de tono semejante a las

flores del manzano, y que era de una tela muy fina, cuyo nombre desconocía en absoluto, por debajo de la cual había un viso de tisú de oro. El traje tenía muy poca tela y las monjas se habrían escandalizado al verle el escote y los brazos desnudos y las piernas cubiertas por medias de seda. En cambio, Julia y Emmeline le aseguraron que «todo el mundo» llevaba trajes semejantes y que los demás eran pasados de moda, ridículos y cursis.

El realidad, el traje era lindísimo. En cuanto hubo terminado de vestirse, Teresa no pudo menos que admirarse ante el espejo; le encantaron desde los zapaticos, de color dorado con brillantes hebillas, hasta la diadema de hojas de laurel y diamantes que sostenía su cabello.

Y mientras sujetaba esta joya con los brazos levantados y procurando conservar el equilibrio a pesar del movimiento del buque, sonó una llamada a la puerta.

CAPÍTULO XXII

CONTRARIAMENTE a lo pronosticado, la tormenta no parecía alarmante y no se le ocurrió a Teresa que Sheridan creyese necesario acompañarla a cubierta. Por consiguiente debía de ser la señora Harkness quien llamaba y por eso contestó con alegre voz:

— ¡Adelante!

Cuando Sheridan abrió la puerta, pudo distinguir a una esbelta muchacha vestida con un traje de color tan pálido, que resultaba difícil decir dónde terminaba el cutis fresco y suave como los pétalos de una flor, en el cuello y en el escote, y dónde empezaba aquella tela semitransparente. La joven levantaba los esbeltos brazos para sujetarse en el cabello una diadema de resplandecientes hojas, y aquella visión encantadora se duplicaba, aunque desde otro punto de vista, en un espejo de cuerpo entero,

Sheridan no estaba decidido acerca de lo que haría o diría al llegar al camarote de la señorita Divina con el fin de ofrecerle su escolta; tan sólo siguió su capricho, que le impulsaba a ir allá, y no había encontrado ninguna razón seria que se lo impidiese. Al verla tan hermosa y sonriente, penetró en el camarote y cerró la puerta.

Al observarlo, Teresa se quedó sorprendida, porque eso le pareció muy poco propio de Sheridan. Incluso tuvo una idea vaga de que no era correcto obrar de aquella manera sin haber pedido permiso. Aunque con toda probabilidad el Príncipe que de nuevo se mostraba bondadoso con ella, debía de saber mejor lo que era correcto y, como es natural, no podía equivocarse.

Con apresuramiento acabó de sujetar el cerco de hojas de laurel y dijo:



PAUL LUKAS



SHARON LYNN